

Lucía Guerra

Almas en pena

Lucía Guerra es investigadora de la Universidad de California, Irvine, Estados Unidos. Entre sus libros de crítica se destacan *La narrativa de María Luisa Bombal* (Playor, 1980), *Texto e ideología en la narrativa chilena* (The Prisma Institute, 1980), *La mujer fragmentada. Historias de un signo* (Cuarto Propio, 1996), *Ciudad, género e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana* (Cuarto Propio, 2013) y *La ciudad ajena. Subjetividades de origen mapuche en el espacio urbano* (Casa de las Américas, 2013). Es además autora de varios libros de ficción, entre ellos: *Muñeca brava* (Monte Ávila, 1993), *Frutos extraños* (Monte Ávila, 1992), *Las noches de Carmen Miranda* (Sudamericana, 2002), *Las pistas de Lucifer* (Ceibo, 2014) y *Travesías del hombre lobo* (Zig-Zag, 2015) Correo electrónico: lcunning@uci.edu

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



“Sí. VAMOS” —DIJO Marta, segura de que esta sería la única oportunidad en su vida para acabar con la virginidad.

De nada valía estar haciéndose de rogar . . . Una gorda cuarentona como ella nunca iba a poder entregarse por amor ni tampoco elegir al hombre que la desvirgaría. Ya no importaba que su hímen fuera a ser rasgado en un motel cualquiera y no sobre las sábanas sacrosantas de un lecho nupcial. Tampoco le importaba que ese hombre fuera un vulgar taxista que se haría humo en las calles de Santiago en busca de pasajeros desconocidos. Era por eso que esa tarde se había aparecido en la esquina de su casa. Una de las puertas de su coche no funcionaba bien y le bastó levantar el brazo en una breve seña para que él se detuviera. Nada sabía de él, apenas su nombre, y nada sabría de él, después de ese encuentro, tan parecido al de ese bolero que se le viene a la mente mientras le echa un último vistazo al panorama de la ciudad (“Yo sé que soy una aventura más para ti / que después de esta noche, te olvidarás de mí”).

El inicio de esa aventura fugaz había sido muy breve, pero realmente impactante.

—Por Dios que hace calor —le había dicho mirándola por el espejo retrovisor.

—Demasiado. Me dan ganas de pasear por el San Cristóbal en vez de ir a la oficina.

—Si quiere, la llevo un rato por allá . . .

Había vuelto a mirarla, pero no como los otros hombres. En su mirada había un brillo especial que, por primera vez, la hacía sentirse atractiva. En un impulso hasta entonces desconocido, aceptó la idea. Del mismo modo como aceptó sujetarse de su mano al subir las gradas para llegar a la estatua de la Virgen en la cima del cerro. Fue justo cuando, bastante cerca uno del otro, contemplaban el pie de la Virgen pisando la serpiente cuando él, después de hacer una broma, le pasó el brazo por los hombros y ya no la soltó más. La miraba con ojos de enamorado, le decía frases que nunca nadie le había dicho y de su cuerpo, emanaba un calor que ella sentía como ondas electrizantes que le producían un cosquilleo desconocido en la vagina y en los pezones de sus senos insólitamente erguidos.

—¡Qué ganas de comérmela a besos! Pero en medio de tantos niños que parece que vinieron en una excursión de la escuela, es imposible . . . Absolutamente imposible —agregó bajando la cabeza en un gesto melodramático.

Volvió a mirarla a los ojos y acariciándole la espalda, dijo en un tono cauteloso:

—Tal vez, podríamos ir a otra parte para que podamos estar solos.

—Sí. Vamos —dijo ella y sintió que su cuerpo obeso se despojaba de todo repliegue grasoso para permitirle dar el salto intrépido de una gimnasta.

Todas las otras mujeres podían darse el lujo de adornar el acto sexual con los resplandores del amor, pero no ella y su gordura, que la había hecho vivir el martirio de que ningún hombre la amara o la deseara. En la escuela, no había sido más que una gorda simpática y buena gente a la que se acercaban los muchachos cuando necesitaban completar los apuntes de alguna clase, y después, se había transformado en la guatoncita cordial y risueña de la compañía de seguros quien siempre lograba vender el mayor número de pólizas cada año. Y al caminar hasta el maestro de ceremonias para recibir el premio que le entregaban durante el banquete de Navidad, Marta avanzaba consciente de los ojos de sus colegas clavados en sus senos descomunales, en los rollos de grasa que se le acumulaban alrededor de la cintura, en los bordes del sostén que siempre le quedaba apretado y en esas nalgas que subían y bajaban al son de la carne fofa y abundante.

“Vamos”, volvió a repetir porque no quería morir sin llegar a saber qué se sentía al vivir eso que el diccionario llamaba *coito*, aunque la gente prefiriera darle otros nombres (hacer el amor, unirse, entrelazarse, así decían las novelas, más docenas de eufemismos y groserías que se oían a diario).

Y ahora, mientras él maneja y le hace una caricia rápida frente a la luz roja de los semáforos, Marta sonrío y respira hondo al imaginarse a sí misma como una amazona que, con paso seguro, se está dirigiendo a un templo de cúpulas doradas... Cruzará el umbral y ese hombre que es un roto cualquiera explorará cada uno de los resquicios de su cuerpo, la cubrirá, como ha visto en tantas películas, la penetrará y convertido en un jinete desnudo, la hará gemir y gritar de placer... Se le agita el corazón de emoción y curiosidad, palpitan allá abajo sus labios vaginales y se da cuenta de que está deseando a ese hombre que ahora le acaricia una rodilla y cuando debe detener el vehículo, porque los otros autos no avanzan, aprovecha de deslizar la mano suavemente por su muslo.

Después de casi una hora en medio del tráfico que, poco a poco, empezó a disminuir, él vira hacia la derecha y entra en la última avenida de la ciudad que corre a los pies de la cordillera. Con un suspiro anhelante, Marta contempla la nieve de las montañas ahora teñidas de distintas tonalidades con la caída del crepúsculo. Él ahora ha bajado la velocidad y le acaricia la melena mientras le dice que tiene unos ojos muy lindos y atractivos. Quiere responderle, con cierto sarcasmo, que este es el único elogio que siempre ha recibido de parte de sus parientes y amigos, como si los ojos fueran lo único rescatable de todo su cuerpo. Pero opta por sonreír. Es mejor dejar que todo siga ocurriendo, se dice, cuando él empieza a guiar el coche por un sendero de tierra entre altos pinos y un discreto letrero luminoso entre las ramas. Hay allí una atmósfera campestre, casi idílica,

que ella jamás pensó que podría existir en un motel siempre asociado con amantes clandestinos.

Nerviosa, desvía la vista hacia los árboles y entre las ramas, intuye la presencia de alguien que la está observando. “Será alguna lechuza”, se dice, “miran como si fueran seres humanos”.

Pero es una mujer quien la está observando. Después de ver el rostro de Marta tras la ventanilla del automóvil que ahora empieza a estacionarse, ha esbozado una sonrisa de alivio. Por fin, se romperán las cadenas de su existencia fantasmal entre los vivos. Esa mujer de mejillas obesas y ojos ansiosos es la primera virgen que entra al motel, la única, en esa multitud de amantes que han entrado y salido día a día, noche a noche, mientras ella vaga atada a este lugar donde, hace ya muchos años, tuvo su primer y último hogar propio. Después del incendio, flotó entre los escombros y la ceniza durante mucho tiempo hasta aquel día en que llegaron varios hombres y se pusieron a construir cabañas alrededor de una fuente discretamente iluminada. Luego arrancaron de cuajo los pocos troncos calcinados que aún quedaban del incendio y se dedicaron a plantar árboles, arbustos y helechos. Desde entonces, su alma ha vagado entre la espesa vegetación mientras no cesan de entrar las parejas en esos afanes del cuerpo que ella ha conocido desde siempre.

Hace mucho ya que desea morir. Morir definitivamente y abandonar el injusto reino de este mundo para entrar al cielo o al infierno, a la nada, tal vez, o a un espacio por nadie jamás imaginado... Cualquier cosa le parece preferible a la tortura de existir sin existir. Por fin, va a morir de verdad y como ella lo ha deseado... fundiéndose con una mujer virgen que la purificará de todo pecado.

Nunca conoció la virginidad ni inocencia alguna. Desde niña, allá en el burdel donde trabajaba su madre, se sentaba en la falda de los clientes y se dejaba besuquear por unas monedas para ir a comprar dulces al almacén de la esquina. Y a medida que su cuerpo iba creciendo, las caricias de tanto hombre de paso se fueron haciendo cada vez más íntimas. Por eso, cuando uno de ellos la llevó a un cuarto y le hizo el amor, ella ya conocía todos los preámbulos y lo único nuevo fue la penetración rápida y un tanto torpe de ese señor de edad que después le pasó un grueso fajo de billetes. Rubia y de ojos azules, gracias, según su madre, a un marino noruego que había conocido en Valparaíso, muy pronto se convirtió en la más exitosa de las prostitutas.

—No te olvidís nunca, hija mía, que tu cuerpo tan lindo y la belleza de tu cara son tu único capital... Ahorra tu plata pa’ que después no andís muerta de hambre, mira que nosotros somos igualitas a las estrellas de cine. En cuanto nos ponemos viejas, nos hacen desaparecer del firmamento —le repetía su mamá quien ahora trabajaba en la cocina.

Y siguiendo los consejos de su madre, no le daba descanso al cuerpo trabajando todas las noches con un hombre tras otro. Dormía hasta el mediodía y al despertar, ni siquiera lograba recordar cuántos habían sido la noche anterior ni qué cara tenían porque en la memoria, se le confundían y no eran más que trazos de imágenes desvaídas. Lo único que perduraba era esa sensación de repugnancia hacia sí misma cada vez que vendía su cuerpo y al recibir el precio acordado, sentía que se hundía aún más en el fango.

En cambio, esta mujer que se apresta a salir del automóvil para entrar al cuarto diseñado como una cabaña de troncos, está limpia de todo lodo y de toda resaca. Debe tener unos cuarenta años y nunca, hasta ahora, ha recibido los besos de un hombre. Es más, hace menos de tres horas que, por primera vez en su vida, ha sentido sobre su cuerpo una mirada de deseo. Durante muchos años, su piel ha permanecido intacta, sin la sombra de dedos ajenos o de sudores en el apremio de un orgasmo; es aún la más genuina de las vírgenes, la que, por fin, va a liberarla de esta absurda existencia de alma en pena rondando siempre en lo que fue su casa.

El hombre ha tomado a Marta de la mano y ahora la guía por la corta escalinata hasta llegar a la puerta. Allí le acaricia el mentón y le da un beso antes de abrir y hacerla entrar a la cabaña. La apoya contra la pared y abrazándola, empieza a besarle el cuello y el nacimiento de los senos que el escote del vestido deja al descubierto. Ella revolotea alrededor de esos dos cuerpos y, rozándolo apenas, se posa en el muslo de él forcejeando entre las piernas de ella para que se abran. Desde ese muslo que ahora está frotando el pubis de Marta, asciende por el vientre voluminoso y llega al pecho henchido que palpita con agitación. Cobijada entre esos dos senos mullidos y abundantes, siente el aliento cálido y espeso de él susurrando palabras apasionadas y queda enclaustrada en ese estrecho abrazo que hace a Marta emitir un leve quejido. Él ahora está besándola en los labios mientras, con ambas manos, acaricia y aprieta esas nalgas abultadas que al tacto, semejan una masa blanda y resbaladiza. Marta recibe, llena de candor, esos besos húmedos que la hacen tragar la saliva de él con un ligero gusto a nicotina.

Todo es nuevo para ese paladar limpio e inocente, se dice ella. Marta es una página en blanco y no aquel abultado foliaje que ella, en su denigrante oficio de prostituta, escribió y reescribió en las mil y una noches de su cuerpo hecho mercancía.

Y había sido mercancía durante muchos años hasta que se enamoró de José y su cuerpo, ahora inmerso en el amor, dejó de tener un precio. Él también enamorado, le propuso arrendar una casa en la última avenida de la ciudad y ella, por primera vez, supo lo que era vivir en un verdadero hogar.

A los pies de la cordillera y junto al único camino pavimentado, fue feliz. Todas las mañanas, se levantaba temprano y caminaba un largo trecho hasta llegar a la humilde vivienda de una señora campesina que vendía pan amasado, verdura fresca y otras provisiones. Pisando fuerte sobre el sendero de tierra, se llenaba los pulmones de aire puro mientras contemplaba los picachos nevados y las zarzamoras creciendo enmarañadas a lo largo de la angosta acequia, en una armonía y plenitud que parecían ser la réplica de ese amor que ella y José tejían en esa casa sombreada por la silueta de la cordillera. Pero, después de los primeros años, José dejó de amarla. Sin motivo alguno, la maltrataba y a pesar de que había perdido el trabajo, llegaba muy tarde en la noche y haciendo gestos de alarde, le mostraba la billetera negándose a explicarle de dónde había sacado tanto dinero. Otras noches, en cambio, entraba furioso a la casa y era entonces cuando la insultaba y la forzaba a un acto sexual teñido de violencia y exigencias que la hacían recordar a los clientes en el prostíbulo.

Nada sabe esta otra mujer de golpes y de moretones, se dice, de tanta violación con un precio asignado. Ella es la albura y la luz de toda inocencia. Por eso es que está recibiendo deslumbrada las caricias apremiantes de ese hombre quien, después de posar una mano en su pubis, empieza a acariciarlo haciéndola caer en un dulce ardor.

Nunca supo si seguía viviendo con José, porque tenía la esperanza de que volviera a ser el hombre tierno que tanto la había amado o porque quería permanecer a los pies de esas montañas que le producían la sensación de estar muy cerca de la tierra cuando recién fue creada. Pero con el tiempo, se dio cuenta que de nada servía aferrarse a las montañas en una armonía constantemente ribeteada por el maltrato y la violencia. Debía abandonar esa casa y volver a internarse en la ciudad para practicar el único oficio que conocía. Una noche, angustiada y derramando lágrimas muy amargas, se acercó al espejo y vio que, a pesar de que su piel había perdido cierta tersura, en su rostro aún resplandecían sus grandes ojos azules y que las canas, escasas todavía, daban un viso platinado a su cabellera rubia. Sabía que ya no sería la prostituta más exitosa de ningún barrio, pero se las arreglaría para sobrevivir. Al otro día, en cuanto José se fuera a hacer lo que él llamaba sus negocios, saldría al camino y tomaría el único bus que pasaba, cada media hora, hacia el centro de Santiago y en alguna de sus calles, volvería a ponerse en subasta.

Pero esa mañana, por la radio anunciaron que los militares estaban rodeando La Moneda y el locutor aconsejaba que nadie saliera de sus casas. Unas horas después, llegó José muy nervioso y acezando, como si hubiera estado corriendo. De pronto, dos hombres con facha de maleantes abrieron la puerta a empujones.

Desde la cocina, ella se dio cuenta de que discutían mientras, a lo lejos, se oían las detonaciones de las bombas que, según el locutor, estaban lanzando los aviones al palacio presidencial.

—Traidor de mierda, si no me entregái la plata ahora mismo, te agarro a cuchillazos —gritó el que llevaba una chaqueta de cuero negro.

Asustada, entró al comedor y vio que tenían a José arrinconado.

—¡Suéltenlo o voy a llamar a los carabineros! —gritó en una amenaza.

—De qué carabineros estái hablando, huevona, ¿que no sabís que están todos ocupaos derrocando al Chicho allá en La Moneda? —replicó en tono sarcástico y volviendo a mirar a José, agregó:

—Tú, maricón, ya me la hai hecho muchas veces, pero esta vez, pa' que sepái, te voy a matar a tajos, a ti y a tu chey —afirmó sacando un cuchillo que ocultaba debajo de la chaqueta.

—Sujeta tú a esta puta mientras a este le doy su merecido —le ordenó al otro hombre.

Y arremetiendo contra José, le dio dos cuchilladas en pleno vientre que lo hicieron caer al suelo con un largo quejido. Allí lo remató, blandiendo el arma a diestra y siniestra. Tras limpiarse las manos con una expresión ufana, se acercó a ella sin despegarle la vista y sus ojos brillantes y pequeños le parecieron muy semejantes a los de un tiburón hambriento.

—Mejor no la matís. Ella no tiene na' que ver —dijo el hombre que la estaba sujetando.

—¡Tái loco! Esta mina ha presenciado los hechos. Es testigo y seguro que nos va a denunciar. No hay que dejar huellas de ningún tipo... Pónela ahí y sujétala firme.

Con una mueca lasciva, le sobó los senos y ubicando el lugar preciso del corazón, le enterró el cuchillo. En medio de un dolor que apenas la dejaba respirar, vio que los hombres esparcían gasolina por el piso y junto con el golpe de la puerta que se cerraba, empezó el fuego. Agonizaba entre las llamas y ya a punto de morir, se dijo que, con la excepción de esos pocos años en que José la había amado, su vida no había sido más que un cuerpo por siempre manoseado. “Cómo me habría gustado ser tan virgen como la luz de la luna... Dios mío, no me hagas morir definitivamente hasta no fundirme en una mujer por hombre jamás penetrada”, murmuró con voz entrecortada por ese ruido gutural que le salía del pecho.

El viento de la primavera infundía aún más vigor al fuego que se extendió hasta los árboles sin que nadie, en medio de la otra hecatombe creada por el golpe militar, le prestara atención. Desde ese día, su sombra había empezado a vagar

entre los escombros y la ceniza mientras, desde la ciudad, llegaban los ecos de los bandos militares, las balaceras en las industrias aún resguardadas por los obreros y el silencio ominoso del toque de queda. A plena luz, pasaban los camiones llenos de prisioneros encapuchados y en esos primeros días, llegaba hasta ella el eco del claveteo incesante sobre las tapas de los ataúdes. Después, los aullidos de los torturados y los sonos de marchas militares golpeaban, como ráfagas de viento, contra la cordillera. Ella, sobrecogida por tanto dolor, vagaba entre las ruinas ennegrecidas de su casa y repetía en un murmullo, los rezos que había aprendido en los velorios.

Ahora se ha posado sobre los párpados cerrados de esa mujer aún virgen que se está dejando llevar hasta el lecho, excitada por el descubrimiento de un cúmulo de sensaciones nuevas. Y ella siente que está a punto de liberarse de esa vida sin vida, de ese lazo encarcelador que la ha atado a un eterno merodear en el espacio que ocupa el motel.

Durante mucho tiempo, peregrinó allí cuando aún era un sitio eriazos. Hasta un día en que los almendros estaban cubiertos de flores blancas y aparecieron los tractores con su sonido ensordecedor. Muy pronto, sobre los terrenos baldíos, se construyeron casas, centros comerciales y un moderno supermercado mientras empezó a aumentar el número de vehículos que transitaban por el camino. Había sido entonces cuando llegaron los hombres para construir el motel alrededor de esa fuente donde la luz de los focos verdes empezó a entrelazarse con las azaleas.

Todo había cambiado a su alrededor, menos ella a la espera de su muerte.

A veces, para salir del tedio de vagar siempre allí mismo, esperaba que cesaran los jadeos y suspiros para entrar a un cuarto y meterse entre las sábanas de alguna cama deshecha. Bostezando los oía hablar de cosas triviales y sin importancia, como si la unión de esos dos cuerpos ahora estuviera prolongándose en un diálogo sin ninguna trascendencia. Y ella, fastidiada, se instalaba en el velador y de adrede, quebraba un vaso o hacía caer en la almohada un cigarrillo a medio fumar.

Esta mujer aún virgen le produce la alegría de un preso a punto de salir en libertad. Agradecida empieza a acariciarle el corazón y palpa allí el dolor de otra alma en pena y en el calvario silencioso de las mil y una dietas que no surtieron efecto. Hasta ella, llega esa sensación de disgusto que deja el simple acto de mirarse al espejo cada día más despiadado... Ahora la ve adolescente probándose con ilusión el vestido que usará para su primera fiesta y escucha su llanto esa noche y muchas otras noches más porque se ríen de ella o la rechazan; también la ve tragándose las lágrimas en la boda de aquel muchacho que amó en secreto desde la niñez. Siente, en carne viva, la angustia del hambre a media noche y el peso de

la impotencia y la frustración que ha cargado como una lápida en la espalda durante todo este tiempo. En ese corazón, fermenta también el resentimiento hacia una sociedad que la discrimina porque valora un solo tipo de belleza. Ese millar de imágenes impresas en las revistas o emitidas por la pantalla han sido, para ella, las rejas clausurantes de una prisión que no le ha permitido ser: cuerpos gráciles y esbeltos luciendo la última moda, cinturas estrechas y muslos bien torneados bailando en medio de un escenario, mujeres que anuncian productos para el hogar con una sonrisa radiante en esos rostros tan bien delineados, sin una gota de grasa bajo el mentón ni las ojeras adiposas que crea la gordura.

El hombre le acaba de sacar el vestido y del cuerpo voluminoso caen los pliegues creados por el exceso de grasa. Ahora le desabrocha el sostén y los senos abundantes y de piel muy blanca se derraman mientras ella empieza a fundirse en el cuerpo y alma de esta doncella a quien ha estado esperando.

Con dedos expertos, el hombre termina de desnudarla, le besa los muslos, asciende y con su lengua empieza a hurgar en ese hímen que, durante tantos años, ha permanecido intacto. “Tú y yo, las dos juntas porque seremos una sola, lo ligaremos a ti en las redes del amor y él te amará por el resto de su vida”, susurra el alma en pena y Marta siente que otra mujer venida de ninguna parte está transmitiéndole saberes ocultos.

Como si fuera otra y la misma, pierde toda timidez y posando la mano en el cierre del pantalón de él, lo baja y empieza a acariciar ese falo erecto que, extrañamente, no le resulta desconocido. Insinuante, se recuesta de espaldas en el lecho y él empieza a penetrarla dulcemente porque esa mujer que ha traído al motel para vivir una aventura pasajera, ahora le parece la imagen iluminada de un ícono de iglesia, una virgen de grandes ojos azules que se entornan en un gesto de amor mientras, entre sus cabellos rubios, se han posado los rayos de la luna.